

LOS LABIOS DEL MUERTO

por

W. J. STAMPER

—¡Muera Teodoro! ¡Muera el Negro Oscar!

Tal era el grito ronco, horripilante, de la multitud haitiana, reunida en el histórico Campo de Marte, frente al Palacio, en Puerto Príncipe.

El gobierno rapaz del presidente Teodoro y su favorito, el general negro Oscar, se bamboleaba amenazando desaparecer.

Aquel mismo día, Teodoro había violado una sesión sagrada del Senado disolviéndola a punta de bayoneta, porque, por segunda vez, negábase a concederle autorización para imponer un nuevo tributo, que le permitiese sacar más dinero a los ya casi arruinados ciudadanos.

Era ya de noche y los ancianos senadores yacían en la inmunda prisión. En el patio del palacio había sido doblada la guardia para evitar cualquier intento de evasión.

En la sala del consejo del palacio, Papillón, senador favorito del pueblo, atado de pies y manos, reclinado en un sillón, sufría en silencio las burlas e insultos de las dos fieras.

Teodoro, seco y macilento, el rostro pica-do de viruelas, lleno de terror, manoseaba nervioso algunos papeles que había sobre la mesa.

Oscar, un verdadero gigante por su estatura, con un bigote encerado, rizado y con las guías levantadas casi hasta los ojos, asestó un fuerte puñetazo en la mesa y clavó en Papillón su mirada repleta de odio.

—¿Crees que dormimos, idiota?—tronó.—Tu lengua viperina ha sembrado la semilla de la inquietud y la rebelión entre el populacho, incitándole a levantarse contra nuestro poder... y nuestra autoridad. ¿Qué dices a esto y a esto?—Y metió dos papeles bajo la nariz del senador, en tanto su tenebroso rostro se retorció de ira.

—No era preciso que el general violase

la correspondencia, ya que podía obtener la misma información y con mucha más facilidad escuchando al primer grupo de ciudadanos que viese en cualquiera esquina. Es la opinión de todos los haitianos. Han sido robadas las arcas del tesoro; asesinados nuestros mejores ciudadanos, y ahora se solicita la ayuda del Senado para realizar sus planes malditos.

Picado por la verdad de esta observación, Oscar levantó su enorme puño y lo descargó sobre los delgados labios del impotente prisionero.

La sangre manó de la boca, corrió por la barbilla y manchó la blanca pechera del senador.

Papillón, erguida la orgullosa cabeza, murmuró entre sus labios ensangrentados:

—No es más roja que la derramada en el Malecón de San Nicolás, cuando mató a tiros a Vilbrun o cuando asesinó a Celestino, el patriota, en Jacmel. Es la sangre de los verdaderos patriotas.

Cuando Papillón acabó de hablar, penetró por la ventana el rojo resplandor de las antorchas que llevaba la multitud y resonaron tumultuosos los gritos frenéticos de:

—¡Muera Teodoro! ¡Muera el negro Oscar!

El presidente se estremeció al advertir el temible poder que desarrolla un pueblo cuando vibra en ansias de libertad. Los labios de Teodoro temblaron al preguntar a Oscar:

—¿No tiene el general ningún plan? Hay que hacer algo...

—Si se obstinan en sus propósitos, podemos tirarles... tiraremos a matar—respondió el negro salvaje, acariciándose el rizado bigote y dirigiendo una mirada maligna al ensangrentado Papillón.

—General, he sido el primero en desen-